

GERARDO LAVEAGA

SI TÚ
QUIERES,
MORIRÉ

Diseño de portada: REVILOX / Oliver Barrón
Imágenes de portada: © Shutterstock

© 2018, Gerardo Laveaga

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-5234-6

Primera edición impresa en México: septiembre de 2018
ISBN: 978-607-07-5232-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litografía Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

*Para José Guillermo
y
para Emilia*

*Mientras luchan por separado,
son vencidos todos juntos...*

TÁCITO

Las campanas llamaban a misa de seis. Casi puedo verte la tarde de aquel miércoles: de pie, con los brazos cruzados a la espalda. Desde el balcón, mirabas la plazuela con aire distraído. Algunas mujeres con enaguas de muselina apresuraban el paso; un vendedor de rosquillas de canela oteaba en busca de clientes y, con paso trémulo, librando el empedrado, una pordiosera se desplazaba a una acera más prometedora. Era el 6 de noviembre de 1811, día que cumplí 18 años.

Me contaste que dos chiquillos zarrapastrosos, sentados en el escalón de la casa de enfrente, se mostraban perplejos ante una caja de madera. Debían haber capturado algún bicho. Lo adivinaste por su forma de señalar, de intercambiar puntos de vista y contradecirse. Sólo un bicho podría haberlos obligado a proceder así.

Observaste al caballero que salía de consulta. Le habías aplicado compresas en el muslo para mitigar el dolor provocado por la patada que le propinó su caballo y, aunque rengueaba, decía y repetía que tu tratamiento resultó milagroso.

—Nadie tiene su mano —aseguró—. Se rumorea que usted es el mejor médico de Aguascalientes, de Zacatecas entera, doctor.

«¡El mejor médico de Aguascalientes!», pensaste con amargura. Lo único que habías hecho, además de frotarle agua de rosas, huevo y trementina, fue escucharle con paciencia, concederle en todo la razón y darle dos o tres recomendaciones, inspiradas

en el sentido común. ¿Qué más podía esperarse de un médico de provincia?

Claro que estudiar Medicina fue mejor que acabar de cura, como anhelaba tu madre. Pero, ahora, a tus treinta años, la Medicina tampoco te colmaba. Entre la vida y la muerte se tendía un puente —la enfermedad— y se esperaba que los facultativos como tú consiguieran echarlo abajo. Pero, con enfermedad o sin ella, la muerte era inevitable. ¿Cuál era, entonces, el papel del médico? ¿Hacer concebir falsas esperanzas al paciente? ¿Prolongar la vida unos meses, a pesar del deterioro físico?

La primera vez que me llevaste a tu casa, en cuyo primer piso habías instalado tu consultorio, me confiaste estas dudas. Te sofocaban. Cada vez creías menos en tu profesión. Al menos, en la forma en que se practicaba en la Nueva España. Y, para progresar, habrías tenido que creer en ella. O ser un cínico, como la mayoría de tus colegas.

Pero no era tu caso. Cuando salías a pasear a caballo y te extraviabas por la sierra de Zacatecas, te repetías que el futuro de las ciencias médicas era prometedor. Procurabas estar al corriente de cuanto se hacía en el mundo de la Medicina. Algún día, esta sería más útil que ahora, así fuera sólo para aminorar el dolor. Pero ¿cuándo?

«*Divinum opus est sedare dolorem*», había enseñado Hipócrates: aliviar el dolor es obra divina. Tus lecturas permitían anticipar los avances que, en ese entonces, apenas se atisbaban. Pero en la Nueva España, asolada por la superstición, parecían remotos. Lo que se enseñaba en las escuelas de Medicina recordaba las cátedras medievales. Tanto, como lo que se practicaba en los hospitales. En tus clases de Física, te saturaron de Teología. Aprendiste todo acerca de la Eucaristía y la transubstanciación. Fuiste capaz de explicar la forma en que Jesús ascendió a los cielos y el modo en que María, su madre, fue elevada a las alturas. Pero del calor, de la luz, del movimiento, sólo vagas referencias.

Más tarde, en la Universidad de Guadalajara, aprendiste a emplear parches y practicar vomitivos. Nada que las abuelas no

supieran hacer. La diferencia era que los médicos aplicaban estos remedios precedidos de frases en latín y terminajos técnicos para impresionar a los pacientes. Por memorizar aquellas frases solía cobrarse bien.

Sólo los avances mantenían tu ánimo. Seguía maravillándote el modo en que Vesalio corrigió a Galeno y describió el cuerpo humano. O la obra de William Harvey, quien descubrió que este cuerpo no era sino una máquina, como cualquier otra. Que el corazón funcionaba como una bomba que distribuía la sangre a los demás órganos. Entenderlo así permitiría, a la larga, realizar los ajustes necesarios para restablecer su funcionamiento. Era lo que se hacía cuando se reparaba el tejado de una casa o las ruedas de una carreta. No se trataba de sortilegios sino de colocar las piezas en el orden correcto.

Habías quedado ensimismado al enterarte de los experimentos de Luigi Galvani. Demostró que, al aplicar corrientes eléctricas a la médula espinal de una rana, se producían contracciones musculares. Más aún: introduciendo un electrodo por el recto del cadáver de un criminal recién ahorcado, había logrado que este se convulsionara y hasta cerrara un puño. Si esta idea avanzaba, lo que tendrían que estudiar los médicos del futuro sería la electricidad. En ella podría residir el secreto de la vida, «el soplo divino» del que te saturaron en tus clases. Porque hasta ese soplo debía tener una explicación física.

Luego de rechazar la cátedra que te ofrecieron en tu *alma mater* y de haber pasado una estancia en la Ciudad de México, te habías convertido en miembro del *establishment* de Aguascalientes. A decir de tu madre, sólo te hacía falta una familia. No creías en la Medicina que practicabas ni te enorgullecía lo que hacías, pero esta daba para vivir. Tus colegas te miraban con recelo. Cuando los abrumabas con tus dudas, sugerían que te acercaras a Dios.

—La Medicina que practicamos —señaló uno de ellos— no tendrá resultados si el enfermo no ora con devoción. La salud depende del paciente, del médico y, sobre todo, de la voluntad divina.

Te contó el caso de un niño que logró caminar —«un poco por las cataplasmas que le administré y un mucho por la fe de sus padres»—, así como el de la anciana que, al borde de la muerte, prácticamente resucitó cuando él le aplicó algunas ventosas y sanguijuelas que extrajeron la enfermedad por la piel, gracias a que se encomendó a la Virgen de los Remedios.

—Nada de esto es Medicina —bisbiseaste.

—Al contrario —repuso tu colega—. Lo que no es Medicina es pretender que un tónico actúe por sí mismo.

Bastaba recordar sus palabras para sentirte incómodo. Con médicos de este calibre, ¿cómo iba a progresar la disciplina? Si vieras en Europa, en Londres concretamente, tendrías escuelas, publicaciones científicas, una *Royal Society*, una Sociedad Médica, cuerpos profesionales de cirujanos —siempre peleados entre ellos, eso sí— que analizarían tu trabajo y el de tus colegas. ¿Por qué en Londres sí y en la Nueva España no? ¿Qué tenían los ingleses que no tuviera la Nueva España? «Para empezar —meditabas—, independencia». Ellos no tenían que vivir lisonjeando a los nobles ni cuidándose de no decir nada que pudiera despertar el recelo de la Iglesia.

Mientras untabas agua de rosas en los moretones de tus pacientes, la hesitación devino zozobra. La gota que derramó el vaso tuvo que ver con aquel cura levantisco que, a finales de 1810, había encarnado la esperanza de que la Nueva España se desligara de la Península. «Será el más grande de los hombres que haya dado México», llegaste a decir. Pero Miguel Hidalgo fue de pifia en pifia. Lo que te pareció una estampa lamentable cuando lo viste cruzar Aguascalientes, derrotado, fue algo más: un desastre.

Hidalgo había capitaneado un contingente de campesinos que, al repique de la campana de una iglesia en Dolores, masacró a cuanto español se interpuso en su camino. Como si hubiera querido imitar lo que ocurrió en la Revolución francesa, tomó la Alhóndiga de Granaditas, su Bastilla personal, y se impuso al Ejército Realista en el Monte de las Cruces. Dio un golpe por

aquí y otro por allá. Luego, no supo qué hacer con sus victorias. Según algunos, quería que se invitara al depuesto rey Fernando VII a gobernar el reino de la Nueva España; según otros, su independencia y la expulsión de los españoles peninsulares. En opinión de unos terceros, el cura ansiaba convertirse en dictador.

Hubiere sido como hubiere sido, reunió a más de cien mil hombres, una centena de cañones y lanzó una ofensiva «para poner de rodillas al Ejército Realista». Intentó apoderarse del puente de Calderón, a las afueras de Guadalajara, pese a la oposición de sus colegas militares. No los escuchó: el Ejército Realista contaba con seis mil efectivos y diez cañones. Sus huestes decuplicaban ese número. Su arrogancia y autoritarismo lo condujeron a un descalabro monumental.

No sólo era, pues, el estado de la práctica médica lo que provocaba tu agobio, sino también la situación de la Nueva España. ¿Por qué no podía ser como Inglaterra, donde las cosas se arreglaban a partir de su organización política y no del agua bendita? La imagen podía parecer tosca, pero no había otra. La Nueva España estaba enferma. Los españoles seguían sirviéndose con la cuchara grande. Quizás habría que desencadenar una revolución, sí, pero no como la que intentó Hidalgo sino otra más inteligente. Con rumbo. Con objetivos claros. Regresaste a Inglaterra: cuando hubo necesidad de expulsar a un monarca y de traer a uno nuevo, a este se le leyó una *Bill of Rights* y se le obligó a aceptar las reglas. Tan simple como eso. Tan simple... y tan complejo.

Para entonces, Hidalgo se encontraba preso en Chihuahua. Se le juzgaría y fusilaría por sedicioso. Como era sacerdote, primero tendrían que degradarlo, rasparle las manos y cortarle un mechón de su cabellera. Los clérigos se pintaban solos para aquellos ritos. Bastaba que se reunieran un par de obispos, pronunciaran fórmulas legaloides y asunto arreglado. Hidalgo sería fusilado, al igual que los desertores militares que lo secundaron. Su revuelta había durado cuatro meses.

—Cuatro meses... —dijiste en voz alta.

Te derrumbaste en la silla góndola de cuero que utilizabas para pontificar a tus pacientes sobre las mejores prácticas para mantener la salud y desanudaste el lazo de tu corbata. Ya que no podías hacer contribuciones a la Medicina, quizá podrías participar en el mejor diseño de una sociedad y un gobierno. Medicina y política iban ligadas. Sin una organización adecuada, era difícil que prosperaran las ciencias.

Detrás de la imagen de ciudadano ejemplar que te habías forjado, de la del devoto profesionista que no faltaba a misa los domingos, bullía un rebelde. Por tu cabeza se refocilaban ideas como la de crear una milicia para salvar al país. No. La suerte de Hidalgo te disuadía. Sabías que, al sur, había otros insurgentes peleando. Insurgentes: así era como les había motejado, despectivo, el virrey Venegas. Pero, tarde o temprano, serían fusilados. Por el modo en que habían desafiado a las instituciones, no se podría pensar en otro final para ellos. Si tú ibas a emprender un cambio, debías elegir otro camino. Pero, de nuevo, ¿cuál?

Pensaste en algunos de tus condiscípulos, como Anastasio Bustamante, que habían claudicado a la profesión. No para sumarse a la insurrección sino para combatirla, a las órdenes del general Calleja y de Agustín de Iturbide, adalides de los realistas. Ellos querían dejarlo todo como estaba: que los que mandaban, siguieran mandando y aprovechando las riquezas del país. Que quienes obedecían, siguieran obedeciendo sin hacer preguntas incómodas. No, no era eso lo que necesitaba México.

Pero ¿por qué dejar que reflexiones tan mordicantes te echaran a perder la tarde? Tomaste la invitación que tenías sobre tu escritorio y la volviste a leer: «El general Fermín Vázquez de Zermeno y su distinguida esposa se complacen en invitar a usted a la velada que ofrecen con motivo del regreso de Madrid de su sobrina María Inés».

Las jóvenes más hermosas de Aguascalientes se congregarían ahí y tú aún debías darte un baño. Estabas harto de estos bailongos, pues habías tenido uno el viernes pasado y otro el antepasado. Tenías otros agendados para los próximos cuatro fines de

semana. Eras uno de los partidos más codiciados de la ciudad y, te gustara o no, lo mejor que podías hacer era aceptar tu situación. Progresar a partir de ella. «Florece donde Dios te ha sembrado», recomendaba tu madre, repitiendo las palabras de su confesor.

Se decía que los padres de María Inés habían muerto en un accidente marítimo y que el general Vázquez de Zermeno, en gesto de solidaridad con su hermano, padre de la joven, había decidido mandarla traer de Madrid para adoptarla. Otros decían que María Inés era, en realidad, hija del general. Que su esposa se había opuesto a que viviera con ellos, por lo que habitaría en una casona alemana, donde todo estaba dispuesto. En cualquier caso, el misterio circundaba a la jovencita.

Volviste a colocar la invitación en su sobre, te levantaste y regresaste al balcón. Los niños seguían ahí. Te causaron tal curiosidad que, antes de subir a tu recámara para cambiarte, bajaste, atravesaste la plazuela y te dirigiste a ellos. El más alto se aproximó a ti, te tomó de la mano y te rogó que te acercaras a la caja.

—*Dotor* —dijo—, ¿verdad que este *vinagrón* es peligroso?

Miraste al interior de la caja. Un arácnido de aspecto fiero se movía, asustado en medio de dos o tres manchas de un líquido con olor a vinagre.

—Se llama *vinagrillo* —precisó el otro niño con tono circunspecto—. Mi papá dice que no es venenoso.

—Claro que es venenoso —lo increpó el más alto—. ¿Verdad que es *muy* venenoso, *dotor*? A un primo de mi mamá le picó uno y se murió.

Ante el estupor del primer niño y la complacencia del segundo, tomaste al arácnido entre los dedos, evitando sus afilados pedipalpos. El bicho se quedó paralizado antes de emitir otra descarga de vinagre.

—No —explicaste—, no tiene veneno. Si saben sujetarlo, ni siquiera les puede lastimar con sus tenazas.

Saciada tu curiosidad y la de los chiquillos, regresaste a casa, donde te diste un baño de tina, con el agua que tu sirvienta había puesto a calentar ya tres veces. Vestiste un traje de fiesta, corbata

blanca de seda, guantes y sombrero de copa, para atravesar la ciudad en tu calesín. Tu cochero te dejó frente al portón de madera de la casa señorial, abierto de par en par. Al entrar, regresaron tus dudas: ¿no se te estaría yendo la vida en aquellas veladas? Pero ¿cuál era la alternativa? ¿Quedarte estudiando en casa?

Apenas llegaste al jardín, adornado con hileras de teas alineadas, un ujier tomó tu abrigo y te entregó una ficha para que pudieras recogerlo al salir. Un mesero, ataviado con librea, te acercó una charola con copas de manzanilla. Tomaste una y, antes de entrar a la sala, donde conversaba medio centenar de personas, diste un sorbo. Dejaste la copa sobre una ménsula.

Reconociste a sacerdotes y a militares, a abogados y a un par de colegas. «Soy un buen partido», repetiste. Estabas determinado a olvidar los escrúpulos que te atenaceaban, así fuera esa noche. Tus comentarios solían resultar provocadores para muchas de aquellas damas emperifolladas y caballeros de porte altanero. Pero les agradaba que los hicieras. Y que los hicieras con tu desparpajo habitual. Nadie ponía en duda tu fe religiosa ni tu lealtad a la corona, pero tus bravuconadas ayudaban a que las personas a tu alrededor se formularan preguntas que no se habrían planteado de otro modo. Al cabo de unos minutos, ya estabas rodeado de un pequeño corro, cerca de una de las chimeneas donde ardía el fuego. Las pantallas evitaban que algún rescoldo fuera a salirse del hogar. Para variar, las consultas abundaban:

—¿Qué me recomienda usted para el dolor de cabeza, doctor Gómez Farías?

—¿De veras el brandy ayuda a prevenir el catarro, don Valentín?

Entonces me sumé al grupo. Ése era mi papel de anfitriona. Para desempeñarlo con garbo, esa noche estrené un vestido ahuecado, con armazón de aros, que parecía campana. Aunque no tenía mangas y lucía un escote cuadrado, mi sobretúnica y guantes largos brindaban protección a las miradas insolentes, como la que tú me dirigiste.

—Veo que a ambos nos gustan los helechos —la desviaste hacia la cenefa bordada en el bajo.

Me obligaste a mirar tu chaleco, adornado con hojas estilizadas, similares a las de la cenefa de mi vestido. Luego, antes de que yo pudiera responder, quisiste saber las últimas noticias de España.

—La verdad es que toda mi vida la pasé en Francia —respondí—. Llegué a Madrid con mis padres, siendo niña, pero nos mudamos a París de inmediato. Ahí murió mi madre. Años después, mi padre. Sólo entonces volví a Madrid y, luego, a la Nueva España. Sé poco de esa ciudad.

Después de tu comentario sobre los helechos, comenzaste a comportarte con circunspección. «Qué hombre tan tieso», pensé. Admití, sí, que me agradaban tus pupilas ámbar, que contrastaban con tu piel morena, y tus patillas prematuramente encanecidas. Tenías aspecto de un trasgo benévolo. Pero, apenas comenzaste a hablar de política, tu rigidez se esfumó.

—Soy admirador del pueblo francés —declaraste—. Cuando un gobierno defiende la igualdad y la libertad de sus súbditos, merece llamarse gobierno. Si no, no.

Como luego supiste, yo desconfiaba de la mayoría de los políticos. Casi todos ellos se esmeraban en convencer al pueblo de que lo servían, cuando sólo lo esquilmaban. Pero no iba a decir eso. Mi intención al llegar a la Nueva España no era escandalizar, aunque tú acabarías por arruinar mis propósitos.

Iba a preguntar si no te amedrentaba elogiar a Francia en aquellos tiempos, dada la situación que vivía la Nueva España, cuando apareció mi tío, quien empezó a despotricar sobre el secuestro en que los franceses mantenían al rey Fernando VII. Las cortes españolas se habían reunido en Cádiz el año anterior, refirió, y quienes las integraban anhelaban que, una vez terminada la guerra, España tuviera una Constitución. Por lo pronto, las cortes habían proclamado que eran las depositarias del poder de la Nación.

—¿Qué orientación tienen estas cortes? —preguntó un hom-brecillo calvo y rechoncho—. Me espantan. No debieron reunirse en ausencia del rey. ¿Van a restaurar en el trono a Su Majestad o están conformadas por liberales mitoteros? He oído decir que los masones están detrás de todo. ¿Sabe usted algo al respecto, general?

—Algunos —explicó mi tío— creen que la soberanía debe recaer en un monarca, quien no debe detenerse ante límite alguno. Los moderados hablan de un sistema al estilo inglés, donde rey y parlamento comparten la soberanía. Los liberales insisten en que es el pueblo quien debe ostentarla. Lo cierto es que España necesita una Constitución y las cortes van a promulgarla tarde o temprano. ¿Cuál modelo le gustaría a usted que eligieran?

—El único modelo que permite Dios, Nuestro Señor —repliqué el calvo—: que sea el rey quien mande.

—No estoy de acuerdo —dijiste—. Francia ha demostrado que quien debe mandar es el pueblo. El pueblo siempre sabe lo que necesita y lo que quiere. El rey no tiene idea, ni le importa.

Mi tío te dirigió una mirada furibunda. Tuve que entrar al quite:

—El problema es que el pueblo es una abstracción, ¿no cree usted, doctor? ¿Cómo podría expresar el pueblo su voluntad si no es a través de un parlamento o, incluso, de un monarca?

—Si así fuera —dijiste—, ese monarca tendría que estar acotado. Como en Inglaterra.

Antes de que tu anfitrión pudiera expresar su punto de vista, apareció mi tía para pedirle que la acompañara a saludar al presbítero domiciliario, quien hacía las veces de jefe de la diócesis en Aguascalientes y acababa de llegar. Él ofreció una disculpa. Se retiró, no sin antes advertir, con una mueca, que me condujera con prudencia. Aquellos no eran temas para una fiesta organizada para anunciar mi regreso de Europa, fiesta que yo había hecho coincidir con el día de mi cumpleaños. Otro militar del grupo asumió el lugar de mi tío. Sobre sus hombros llevaba las insignias de capitán. Le faltaba el brazo derecho.

—La soberanía debe residir en el monarca —trasuntó—. No es fácil hacer que el pueblo sea depositario de la soberanía. Vean ustedes en qué acabó la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que surgió de la Revolución francesa: Napoleón se limpió el culo con ella.

Te percastaste, entonces, que tras la barba y la cicatriz que cruzaba su rostro, estaba un amigo a quien no veías desde hacía años.

—¿Aurelio? —quisiste asegurarte.

—Pensé que no ibas a reconocerme, Valentín.

Lo estrechaste en un abrazo prolongado. Era tu vecino cuando viviste en la Ciudad de México y, más de una vez, formó parte de las reuniones en que disertabas sobre la urgencia de contar con un sistema médico moderno.

—Qué gusto.

—A mí también me da gusto encontrarte —replicó el otro—, aunque veo que te has *afrancesado*.

—Es una acusación severa —te defendiste—. Lo que sostengo es que igualdad y libertad son valores que toda sociedad debería perseguir.

—Te conocí siendo monárquico.

—Lo era —admitiste—, cuando había monarca.

—Sigue habiéndolo —sostuvo Aurelio sin ocultar su malestar—. Que ahora esté preso, no evita que sea nuestro rey. Le debemos lealtad. Sobre todo, en estos momentos difíciles. Yo, en lo personal, seré monárquico hasta el final de mis días. Lamento que haya lealtades tan frágiles.

Noté la hosquedad del tono, por lo que intervine con un discurso conciliador:

—Lo que nadie puede negar es que, por hombres como el capitán, todos nosotros podemos estar reunidos esta noche, sin temor de que los insurgentes irruman en la casa para despedazarnos a machetazos. Sin militares como él, que aplastan sin vacilar el más mínimo intento de rebelión, la gangrena social ya tendría postrada a la Nueva España.

Al sentirse reconocido, el capitán abandonó su actitud desafiante.

—Gracias, señorita. Mañana mismo parto para el sur, donde otro cura insumiso se ha hecho fuerte.

—¿Morelos? —te interesaste.

—Sí. Tiene batallones en pie de guerra, que hay que desmantelar. Uno, en El Veladero, a un lado de Acapulco; otro, en Tixtla y otro en Chilpancingo. Como dice la señorita, hay que extirpar esta gangrena. Y hay que hacerlo desde sus inicios. De lo contrario, puede ser tarde. En el caso de este padrecito destripado, la pestilencia se ha propagado.

Consciente de que debías restaurar la armonía, tomaste otra copa de manzanilla de la charola del mesero que tenías al alcance.

—Porque nuestro ejército obtenga nuevos triunfos contra esos desquiciados —alzaste la copa, brindando a la salud de tu agraviado compañero.

Nuestras miradas se encontraron en ese instante. Fue entonces cuando decidí que me gustabas. No sólo eran tus pupilas, tus canas y tu visión del mundo. Mi tía me había hablado de ti como uno de los tres invitados en quienes debía poner atención. Pero no lo hice por obedecerla sino porque me cautivó tu pasión. La música estalló, dando relieve al brindis. Eras un minué valseado. Te miré desafiante y di el primer paso.

—Tengo lleno mi *carne* esta noche, doctor, pero, si acepta, lo abriré con usted.

Aquella provocación, dijiste después, te pareció irresistible. Extendiste tu mano para sacarme a la pista. Entre sedas y crinolinas, a veces rozando a otras parejas que lucían sus destrezas dancísticas, a veces acercándose demasiado a donde las personas mayores habían establecido un cerco de sillas alrededor de la sala, convertida en pista de baile, dejaste que tu cuerpo se moviera al ritmo del mío. Te pregunté si conocías al autor de la pieza con la que la orquesta había comenzado. Lo negaste.

—Haydn —sonreí inclinando ligeramente la cabeza—. Yo

misma transcribí las partituras y las traje desde Europa. Mi padre se esmeró en darme una buena educación.

Entonces advertí que tu corazón latía fuerte; que, a tu pesar, estabas cautivado por mi conversación, por mis ojos azules, así como por mis senos palpitantes que ahora podías mirar más cerca. Pero, también, por mi audacia. No me equivoqué. Lo que nunca dije es que tu baile me pareció pesado. Mientras yo hacía gala de pasos ligeros y giros inopinados, *savoir faire* que había adquirido en los salones de París, tú ibas de tropezón en tropezón.

No supe si fueron las cientos de velas que alumbraban la estancia, la música, las copas que había bebido o tu presencia, pero bailé contigo la pieza que siguió... y la que siguió. Mi tía tuvo que aproximarse para recordarme que otros caballeros aguardaban su turno. Especialmente, los mineros de la ciudad de Zacatecas. En cuanto quedaste solo, otras personas te rodearon. Querían que les medicaras algo para el dolor de espalda o para conciliar el sueño.

Concluidas las improvisadas consultas —yo no te perdí de vista un instante—, husmeaste en los platones de mole rojo, pollo y flor de calabaza. Te serviste un vaso de agua de horchata y te disponías a atacar el estofado de conejo, cuando mi tía te abordó. Echando mano de su estilo más comedido, se atrevió a sugerirte que sacaras a bailar a alguna de las jóvenes que seguían esperando a un caballero animoso:

—Ahí están Aurora y Celeste —murmuró—. Allá, a la izquierda, con un vestido malva, Teresa.

Mi tía habría sufrido un colapso si hubiera podido adivinar que, en esos momentos, lo único que se te antojaba era poseerme. Aun así, accediste y te dirigiste hacia Teresa. El capitán Peralta se cruzó en tu camino. Te animaste a hacerle la pregunta que no te atreviste a formular en público:

—¿Qué ocurrió con tu brazo, Aurelio?

—Lo perdí en el Monte de las Cruces, cuando enfrentamos a Hidalgo.

Comprendiste, entonces, lo imprudente que habías sido hacía un momento. Le aseguraste que tu lealtad estaba con el rey. No debía tener dudas al respecto.

Pero las dudas las tenías tú. Hacía tiempo que ya no creías en ese mundo granítico en el que habías nacido y crecido con tus padres en Guadalajara. Las ideas de igualdad y libertad resonaban en tu cabeza. Seguías yendo a misa para guardar las apariencias y no suscitar desconfianza entre tus pacientes, pero habías dejado de confiar en aquella Iglesia católica, que no parecía tener otro propósito que el de legitimar las desigualdades.

Fueron esas dudas, precisamente, las que te acercaron a mí; las que nos permitieron vivir aquel torbellino íntimo, mientras la Nueva España entraba en parto. Ese día, tú no tenías idea de que estabas destinado a ser uno de los principales parteros de México.